



Salvado para contarlo a otros

23 de Octubre | Iney y Mague Laguerre

[Pida a tres personas —un narrador y un matrimonio— que presenten este relato en primera persona]

Narrador: Iney y Maguey son miembros activos de una de las tantas congregaciones de la capital, Puerto Príncipe. Les encanta compartir el amor de Dios con otros.

Cuando se produjo el terremoto el 12 de enero de 2010, sus vidas fueron cambiadas, pero su deseo de continuar compartiendo el amor de Dios permanece firme. Su historia es el relato típico de miles de adventistas que han vivido uno de los peores desastres que hayan golpeado de manera inimaginable a algún país en el pasado siglo.

Iney [hombre]: Acababa de despedir a mi última clase del día en la universidad pública donde trabajo. Los alumnos y yo recogimos nuestros libros y nos preparamos para salir del salón de clases cuando de repente el edificio se sacudió. El cielo raso se desplomó sobre nosotros, y el piso cedió bajo nuestros pies. Enormes trozos de cemento cayeron sobre nosotros. Entonces perdí el conocimiento.

Maguey [mujer]: Me dirigía a casa al salir del trabajo cuando la tierra tembló violentamente, aventándome a metros de distancia, seguido de un ruido ensordecedor. Se levantó una nube de polvo tan densa que me ahogaba. La tierra se estremeció nuevamente y pude escuchar gritos desesperados pidiendo ayuda.

Iney: Cuando recobré el conocimiento, alcancé a escuchar voces que se quejaban a mi alrededor. Quise moverme, pero sentí un dolor agudo que rasgó en mi pierna. Estaba atrapado bajo una viga. Entonces escuché otras voces que provenían de afuera. Alguien venía a rescatarnos. Por un pqueño agujero entraba una luz opacada por el polvo, la cual crecía más y más hasta tornarse brillante, y pronto los rescatistas pudieron llegar hasta mí. Alguien retiró los escombros que había alrededor mío y levantaron la viga que tenía atrapada mi pierna. Me ayudaron a salir del edificio que empezaba a desplomarse. Me subieron a un carro y luego me llevaron al hospital. Pero el terreno alrededor del hospital estaba lleno de gente herida, por lo cual mis rescatadores tuvieron que abrirse paso por las calles congestionadas para poder llevarme a otro hospital. Pero ese también estaba rebosando con pacientes y no había médicos que pudieran atenderme.

Durante seis horas mis amigos me llevaron de un hospital a otro buscando ayuda. Por fin llegaron al hospital adventista, donde fui admitido. Los pocos médicos y enfermeras que estaban de turno tenían casos mucho más graves que yo. Por lo tanto, esperé. Sabía que mi pierna estaba rota por lo menos en dos lugares y dos dedos de mi mano derecha estaban molidos.

Maguey: Los teléfonos no funcionaban, y por lo mismo no podía comunicarme con Iney. Me apresuré a llegar a casa, con la esperanza de encontrarlo allí. Pero la encontré vacía. Ca-

miné y oré. No sabía qué hacer. Las líneas telefónicas no funcionaban.

Varias horas después, dos miembros de la iglesia llegaron para decirme que habían visto a Iney en el hospital adventista. Estaba vivo pero seriamente herido. Tomé unas pocas cosas y me apresuré a llegar al hospital, el cual queda a unos 30 minutos de mi casa, a pie.

Justo antes de medianoche encontré a mi esposo acostado en una camilla bajo un árbol grando afuera del hospital. Por fortuna, el hospital había resistido la fuerza del terrmoto, pero siendo que los temblores secundarios continuaban, todos se quedaron afuera. Los pocos miembros del personal médico que habían podido llegar al hospital después del terremoto caminaban entre los pacientes que yacían en el suelo.

Iney: Sentía mucho dolor, y al hospital se le habían agotado los medicamentos. Estaba muy contento al ver que mi esposa estaba allí sana y salva.

Maguey: Le di a Iney un poco de agua para que bebiera. Sabía que sin ayuda médica él moriría. Nunca dejé de orar y me rehusé a dejarlo allí solo.

Cuando un médico por fin pudo atender a Iney, dijo que su pierna y dos de sus dedos serían amputados. Miraba desconsolada mientras llevaban a mi esposo a una carpa quirúrgica temporal que habían armado fuera del hospital.

Iney: Fue difícil perder mi pierna y mis dedos, pero estaba agradecido a Dios de estar vivo. Pienso en mis alumnos que murieron en el salón de clases esa tarde. Le doy gracias a Dios por darme una segunda oportunidad para servirle, otra oportunidad para contarle a otros acerca del Dios a quien amo.

Mi esposa y yo hemos establecido una iglesia que ha crecido hasta reunir a varios cientos de miembros. Queremos seguir estableciendo más iglesias. Queremos que todo lo que hagamos sea para la gloria de Dios.

Narrador: Este trimestre nuestras ofrendas del decimotercer sábado ayudarán para que nuestros hermanos en Haití puedan reconstruir sus iglesias dañadas o destruidas por el terremoto ocurrido a comienzos de este año, y los motivará a seguir compartiendo su fe con otros, así como lo han hecho tan fielmente en el pasado.

Por favor, consideren la posibilidad de dar una ofrenda extra grande el 18 de diciembre, un regalo para Jesús y sus hijos en Haití

Cápsula informativa

☛ Alrededor del 80 por ciento de los haitianos son católicos. La mayoría de ellos son cristianos nominales, y muchos combinan sus creencias con prácticas del vudú africano, una forma de adoración a los espíritus.

☛ Los Adventistas del Séptimo Día son la denominación protestante más grande en Haití, y tiene aproximadamente 320.000 miembros. Eso significa que hay alrededor de un miembro por cada 30 personas, o el 3 por ciento de la población.

☛ Los adventistas tienen el Hospital Adventista de Haití, con 70 camas, en Puerto Príncipe. Durante el primer mes después del terremoto, este hospital atendió a más de 6.000 pacientes.

Material facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA